

DOS NUMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.

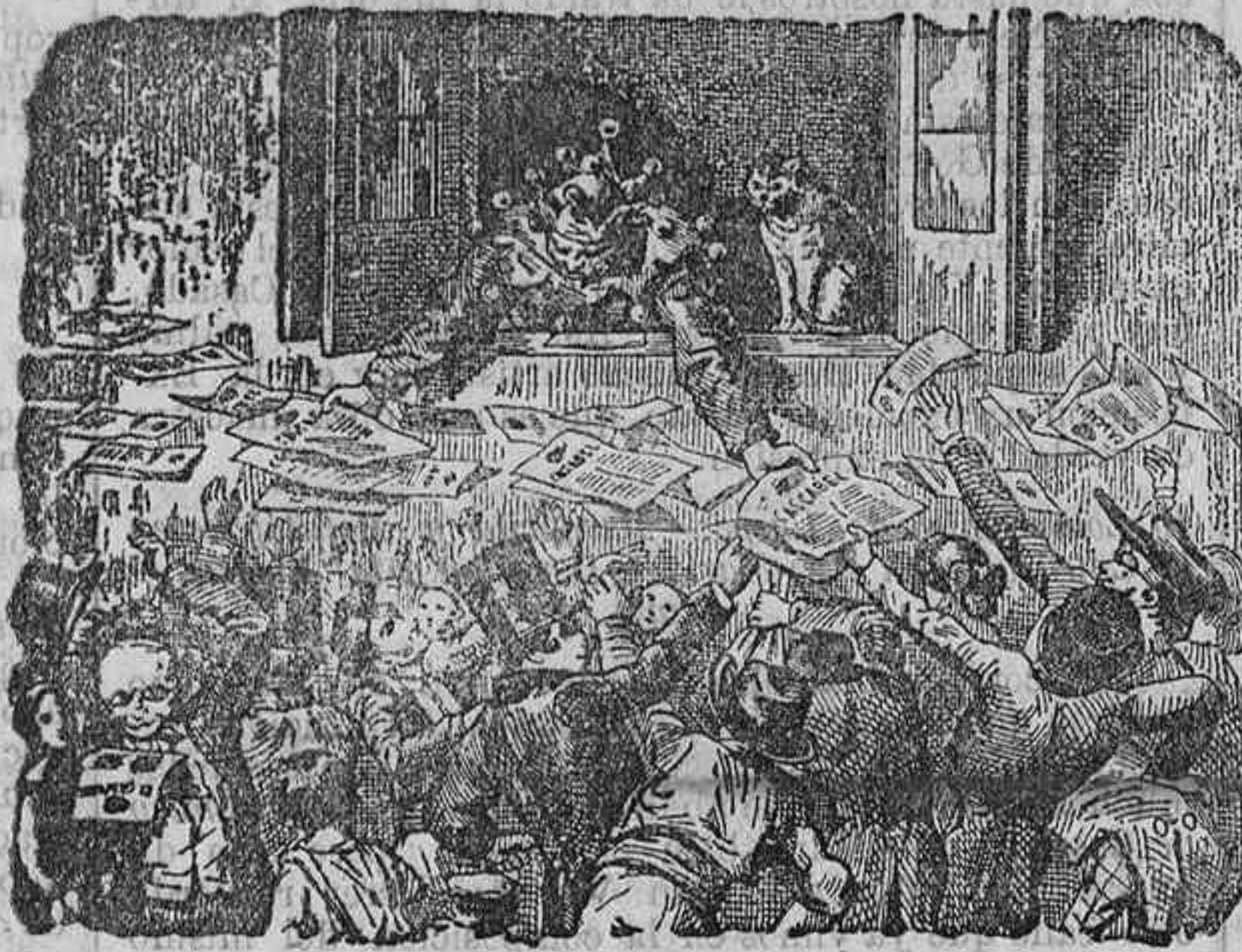
Tres meses... 9 rs.
Seis id... 16
Un año... 30

PROVINCIAS.

Tres meses... 10 rs.
Seis id... 18
Un año... 34

DIRECCION.

Calle de los Caños, número 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses... 22 rs.
Seis id... 38
Un año... 74

En Paris recibe suscripciones y anuncios para El Cascabel, M. E. Pierron.—Rue Vivienne, 15, cuarto 3.º

AMERICA.

Seis meses... 38 rs.
Un año... 70

FILIPINAS.

Seis meses... 60 rs.
Un año... 110

ADMINISTRACION.

Calle de los Caños, número 4, bajo.

EL CASCABEL.

PERIÓDICO FESTIVO, LITERARIO Y POLITICO.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

REBOSANDO SALUD.

Pues señor, yo tengo un amigo que se llama Bonifacio.

Que se llama Bonifacio es verdad; que sea amigo mio no lo afirmaria yo, porque, ¿quién puede decir que tiene un amigo?...

En fin, sea ó no amigo mio, yo le conozco, es decir, le conozco de vista, porque, ¿qué hombre puede decir que conoce á otro hombre si es verdad que cada hombre es un misterio, un libro cerrado, y todo lo demás que han dicho los filósofos que se precian de conocer al hombre?...

El caso es que el otro dia encontré yo á mi amigo Bonifacio, y al verle no pude menos de exclamar: —¡Jesús! está V. desconocido.

—De veras? —Sí, señor... ¡qué grueso! ¡qué buen color!... V., que era como un fideo, y tenía V. un color de aceituna de manzanilla...

—Es verdad, me dijo dando un suspiro, ahora estoy muy bueno, estoy rebosando salud.

Dijo el hombre esta frase con un acento tal de ironía, que no pudo menos de extrañarme, porque en efecto, estaba rebosando salud, gordo como un tonel, fresco y sonrosado como una manzana, con los ojos alegres y animados, y en fin, como un hombre que no tiene ningun alifafe.

—¿Se asombra V. de que no esté yo muy conforme con esta salud que tengo? repuso... pues sepa V. que tengo mis razones para no estar del todo satisfecho. V. no sabe lo que es tener salud...

CLASES PASIVAS.



Doña Ramona, viuda de un escribano de Indias.

—Y bastante lo siento, me apresuré á decir. —Pues mire V., añadió mi amigo, nunca he estado yo tan malo como desde que estoy bueno.

—¡Hombre! ¿qué me cuenta V? —Lo que V. oye.

—Permitame V. que me asombre por segunda vez. —Asómbrase V. todo lo que quiera; pero le digo la verdad.

—Pues si no tiene V. prisa, tendria yo curiosidad de saber cómo es eso.

—Mire V., desde que estoy bueno, cada ocho dias estoy malo.

—Pero hombre... —Y nadie cree que estoy malo; me quejo, y mi mujer se rie de mí; llamo al médico y se rie tambien...

—Pues ¿qué enfermedad es la de V.? —Hombre, mi enfermedad es salud.

—¡Canario! —Sí, señor, el dia que estoy más descuidado, siento en el cuello un picorcillo que me incomoda; salgo y me incomoda más, vuelvo y más, y acaba por convertirse en un dolor que me hace ver las estrellas.

—¿Qué tengo aquí? le digo á mi mujer. —Nada, dice esta mirando el cuello, es un grano. —Pues estoy rabiando. —¡Eh! eso no es nada, es salud. —¡Caramba con la salud!...

Sigo rabiando y llamo al médico, que despues de examinar el sitio de la catástrofe, se echa á reir y dice como mi mujer: —Eso no es nada, es un divieso. —Y ya me tiene V. divertido con el divieso ocho dias, rebosando salud, sin poder mover el cuello, con una porción de trapos liados, y rabiando de dolores. Y el médico me visita y me repite que aquello es salud, y me cobra las visitas, cosa que me checa bastante, porque yo creo que siendo salud lo que tengo, y sirviendo los médicos para las enfermedades, las visitas á los sanos no las debian cobrar.

—Vamos, ya voy comprendiendo. —Se me cura el divieso, y ya me tiene V. tan alegre con mi salud; pero un dia, cuando menos pienso en el divieso, siento otra vez un picorcillo en un dedo, y le veo ponerse colorado, como si le hubieran dicho alguna desvergüenza...

—¿Otro divieso? —Nó, señor, un panadizo, que es efecto de la mucha robustez y exuberante salud de que estoy dotado, segun me dicen mi mujer, y el médico, y todos. Vuelta á los unguentos, á los trapos, y á rabiarse siete ú ocho dias.

—Es una diversion, —A los cuatro dias, cuando ya estoy yo otra vez tan ufano con mi salud, siento en un carrillo una punzada, como si me atravesaran la cara con un espadin...

—¡Zape! —¿Y sabe V. lo que es? —Que se me ha entrado un dolor de muelas que me vuelve loco; y llamé al médico, al dentista, al herrador, á todo el mundo, y todos me consuelan diciéndome que no tenga cuidado; que no tengo nada, que lo que tengo es mucha sangre, mucha salud, y aquí tiene V. un hombre con tanta salud dado á todos los demonios.

—Efectivamente. —Pues señor, se me pasa, despues de quince dias de tormento, el dolor de muelas, y sigo paseando mi salud por esas calles de Dios, causando la admiracion y la envidia de propios y extraños, hasta que una mañana siento en el brazo una cosa que me incomoda mucho. Comunico esta mala noticia á mi mujer, que se echa á reir, me llama aprensivo, cobardon y otras lindezas; pero como la cosa me sigue incomodando, llamé al facultativo, que acude presuroso á tranquilizarme, diciéndome que no tengo nada, porque lo que tengo es un golondrino.

—¡Sopla! —Exceso de sangre, de salud... El golondrino, como

yo tengo tanta salud, toma de mi salud y engorda, engorda de tal manera, que á los dos dias ya no puedo mover el brazo, y parece que me está picando, no un golondrino, sino una víbora. Y mientras yo rabio, mi mujer se rie, y se rien las personas que me visitan, y todos me dicen que ya puedo dar gracias por haberme puesto tan bueno.

—Pues señor, confieso, dije á mi amigo, que le cuesta á V. cara la salud.

—¡Tómalo pues y los avisperos que me salen á lo mejor, y las erupciones?... ¡Y todo es la sangre!... La sangre está siempre divirtiéndose conmigo. Y no le he dicho á V. nada de los sabañones, que tengo cuarenta en este momento, dos en cada dedo, ni de los flemones é irritaciones, ni de los resfriados... En verdad digo á V., que muchas veces siento, aunque ofendo á Dios, no estar como estaba antes, flaco, demacrado, sin sangre, ó con sangre parecida á la horchata de chufas...

Entonces estaba yo tan listo, tan ágil; nunca me dolia nada; no tenia panadizos, ni diviesos, ni cosa por el estilo; todo el mundo me miraba con interés; en la oficina me dispensaban repetidas faltas; mi mujer no se atrevia á darme un disgusto, ni me pedia dinero para trajes, porque no tenia gusto para eso; mis acreedores me trataban con la mayor consideracion y respeto; en la calle todo el mundo me dejaba la acera, y me pasaba mis calenturas en la cama, calentito, mimado, cuidado con el mayor celo; mi mujer no iba á visitas, ni tenia amigos, ni la hacia reir su primo; todo el mundo me consolaba, me demostraba cariño y me ofrecia sus servicios; las amigas de mi mujer querian todas quedarse á velarme; se ponía gran esmero en darme de comer, cositas buenas y apetitosas, y en fin, mi situacion de enfermo me otorgaba infinidad de ventajas...

CLASES PASIVAS.



Doña Doloreitas, jamona, huérfana y marit.

CASCABELES.

Conocemos á un caballero dueño de una casa, en la calle de Alcalá, que ocupa con su familia el sotabanco de la misma.
—¡Hombre! le dijimos el otro día, cómo siendo V. el dueño de su casa vive en el peor cuarto?
—Es muy sencillo, nos contestó, porque los otros cuartos son muy caros.

Geoglífico del número anterior.

Paciencia y barajar.

Hemos recibido la primera entrega de la *Galería universal de biografías y retratos de personajes distinguidos en política, religión, armas, letras, ciencias y artes*, que publican los editores Elizalde y compañía. Es una obra curiosísima, impresa con gran lujo. Cada entrega cuesta á reales, precio bien ínfimo, si se tiene en cuenta el lujo de la edición.

Charadita del número anterior.

Cesante, voto á Luzbel
soy desde el año anterior....
¿Me admitirá EL CASCABEL
como colaborador? (1).

Un cesante de indirectas.

Para no privar al lector del artículo de la Exposición, de jamos el romance de *doña Ramona* para el número del próximo jueves.

El señor cura párroco de San Lorenzo, recibe las limosnas que le quieran remitir las personas caritativas, para una señora que se halla en una situación tristísima.

Una criada, amiga de civiles,
y amiga de tener novios á miles,
por no sé qué tremenda fechoría,
entre civiles iba el otro día;
y para más oprobio,
era uno de los dos su mismo novio.
Y así la triste en su pesar decía:
Miserable de mí, ¿quién me diría
que quien eterno amor y fe juraba
y tanto encaecia mi persona
me había de llevar hoy á chiróna?

En la Zarzuela ha obtenido buen éxito la comedia en un acto del señor Pastorido, *Los dedos huéspedes*. Lo celebramos.

Riñendo con su esposo doña Aleja,
le arrancó con los dientes una oreja;
y otro día también, llena de enojo,
de un tremendo revés le saltó un ojo.
Si el sexo débil obra de esa suerte,
¿qué sería ¡oh lector! si fuera fuerte?

En el inventario de una empresa teatral que acaba de arrendar á otra el teatro, constan las partidas siguientes:

Una nevada de papel fino.—Otra nevada de papel ordinario.—Doce olas del mar, algunas rotas y otras despintadas.—Docena y media de nubes en buen estado.—El arco-iris manchado de aceite.—Una luna nueva con un agujero.—Una carroza dorada con un tronco de dragones, uno de ellos sin alas.—El manto de Julio César.—Un traje de casa, de Pilatos.—La serpiente con que se mata Cleopatra.—El pañuelo de Otelo.—Un plumero de Edipo, etc. etc.

LOGOGRIFO.

Seis letras ni más ni menos
hay en este logogrifo,
y con ellas se compone
lo que en seguida te explico:
lo que tienen los poetas,
y tú, y todos los nacidos;
lo que va mar adelante;
de la bella solfa un signo;
una mujer muy antigua,
que ningún favor nos hizo;
un pueblo de las provincias
vascongadas; un político;
un viejo, que aunque era viejo,
empinaba de lo lindo;
lo que hago al abrir los ojos;
un terrible monosílabo;
lo que hace á los cazadores
tomar por otro camino;
una calle de esta villa;
un hombre tonto y orgullo;
lo que hace bien un poeta,
si no es un poeta indigno;
y el todo es un animal
por los hombres perseguido,
que se divierten corriendo
y dándole muerte á tiros,
que á cruces á los hombres,
el animal mas dañino,
ni en otros siglos ni en este
echar la pata ha podido.

C. FRONTAURA.

Lector, si quieres contemplar muchos y diversos cuadros de costumbres, vete á casa de un prestamista. Si quieres amontonar el oro, abraza esta especulación. Ello parecerá una paradoja, pero la miseria pública es la fuente de la riqueza de... unos cuantos.

ROMANCES POPULARES.

REVISTA DE CLASES PASIVAS.

III.

DOÑA DOLORCITAS.

Hija de un alto empleado que daba golpe en Madrid, cuando en días de gran gala con casaca y espadín, luciendo las pantorrillas iba el hombre por ahí, es doña Dolores Trompa, nacida en Valladolid, que cumplirá los cuarenta el quince del mes de Abril, y que le cobra al Estado, ¡ahí es un grano de anís! mil escuditos anuales de orfandad ó cosa así, como dijo en su comedia un autor de este país en fuerza del asonante, como me sucede á mí. Estos mil escudos tristes, le ocasionan mil y mil penas á doña Dolores que vive, si eso es vivir, esclava del vil dinero, que yo no sé por qué es vil, que todos los meses cobra, y sin más trabajo que ir á que dé fe de que vive el cura de San Martín. Doña Dolores la pobre, tiene ¡ay! triste que extinguir del amor la pura llama como se apaga un candil; la gustan los hombres, ¡tómala para que estemos aquí! y muchos la han pretendido allá en su edad juvenil, porque ha sido siempre guapa, y muy amable, eso sí, y hasta un poeta romántico por ella tuvo mal fin, porque al ver que no quería la niña hacerle feliz dándole la blanca mano, cogió una noche un fusil, tomó una taza de té con unas gotas de anís, leyó la *Correspondencia*, y al disponerse á dormir, se pegó muy serio un tiro, y se quedó el infeliz en el triste lecho más estirado que una I. Pero, ¡cómo ha de casarse Doña Dolores!... ¡Si al fin fuera el pretendiente rico! mas la suerte baladí ofrecida siempre novios sin ocho maravedís, como poetas tronados, y tristes cesantes sin más haber que haber tenido la desgracia de elevar un oficio, que *per islam* le deja al hombre en un trís, algun banquero quebrado, algun cantante gentil de esos que el contrato siempre lo tienen que rescindir, por soltar gallos y pavos en cada la y cada mí, algun jugador perdido, que no hay pocos en Madrid, algun marqués sin un cuarto, el baron del Trampolín, y otros varios personajes que no pueden reunir entre todos tres pesetas, aunque van aquí y allí muy ufanos y vestidos con arreglo al figurín.... Conque, lector indulgente, ayúdeme usted á sentir de mi doña Dolorcitas la suerte poco feliz.... Ella quisiera casarse; pero ¿cómo? ¡voto al Cid! Si se casa pierde al punto la pension, que no es ruin, y si al cabo no se casa, ¡quien la va á poder sufrir?... Muchas veces, á sus solas, exclama la triste así: «¿Qué le importaba al Gobierno que le importaba al país dejarme la dulce paga como la tave hasta aquí, aunque al duro dulce yugo iocinara la cerviz?... Entonces si que podía, ¡qué galardón para mí! hacer feliz á un mancebo, que hallaría mas de mil, entre tartos que en la corta buscan ganguitas así »

el que era objeto de su venático capricho.—El inglés vino despues á Madrid, y habiéndose cansado sin duda del traje y de la princesa, me lo vendió á mí por 1.500 rs. que le di en el acto; conque si V. me da el mismo dinero, tendrá un vestido como no se verá otro en Madrid.

—¡Ay! mire V., es muy bonito... pero yo queria una cosa así, como de unos tres á cuatro duros....

—¡Anda! ¡anda! ¡La que va á recibir esta noche á un príncipe polaco!

—¿Piensa V. que á mi casa concurren personas de poco más ó menos?..

—Lo que yo pienso, es que V. quiere un pez muy gordo y que pese poco, y de esas gangas, no se encuentran fácilmente.

—Y luego, que este color azul-siesta, como V. le llama, no me va á estar bien á mí, que soy muy morena....

—¡Qué disparate!... Pues si precisamente la princesa lo eligió por eso, porque era morenita....

—Pues mire V., lo que yo quisiera, pues ahora dicen que se estila mucho, era un vestido de color de eclipse.

—No he oido nombrar nunca ese color. ¿Y cómo viene á ser eso?

—Una cosa así, como de color de *pechuga de pato dormido*....

—¡Ah!... vamos, ya sé lo que V. quiere. Precisamente tengo uno que está oyendo la conversacion.... Este debe ser....

—¡Justamente!... ¿Y cuánto?

—Este se lo puedo dejar á V. en media onza.

—Cuatro duros....

—Pierdo dos, pero por ser para V.... (Un duro fué lo que di por él de empeño; conque me gano tres.)

—Diga V., aunque sea mal preguntado, ¿aquí se da dinero?

—No, señor, se presta.

—Pues eso digo.

—¿Sobre qué lo quiere V.?

—Sobre lo que V. quiera.... A mí lo mismo me da sobre una cosa que sobre otra.

—¡Hombre! digo que con qué me responde V.

—Con lo que V. quiera.

—¿Viene V. á burlarse de mí?

—Yo le diré á V. Yo tengo una peseta diaria de jubilacion.

—Bastante es.

—Y necesito quinientos reales para casarme, porque he encontrado una señora viuda muy hacendosa... y, en fin... es un caso de conciencia....

—¿Sí?... Pues con una peseta de sueldo, no sé cómo se atreve V. ir á casarse, ni á tener conciencia, ni....

—¿Qué quiere V.?... Eso tiene el no tener un empleo, que está siempre demás, y no sabe uno qué hacer.... y, en fin, hay mujeres que le comprometen á uno....

—Pues amigo, yo no le puedo á V. favorecer....

—¿Y podrá V. decirme dónde encontraré los quinientos reales?..

—Como no los encuentre V. en la calle, no puedo decir á V....

—Pues voy á ver....

—Diga usted, señora, ¿tendria usted algun gato que venderme?

—Oiga V., buena mujer, ¿se le figura á V. que tengo yo cara de vendedora de gatos ni de perros?... Váyase V. á la plazuela de Santa Ana, que es en donde se venden los animales, como V. habrá visto muchas veces.

—¿Pues vaya una moa de recibir al príncipe!... ¿Quién le pregunta á usted por la salud?... Yo no pio *ningun* perro ni liármelo al pescuezo; lo que pio es un gato de esos que llevan las señoras *enroscas* á la garganta.... Mi paisana, la Benita, que está é doncella en la casa de huéspedes de doña Tribucia, tiene uno que le ha regalao un pupilo, y á bien que es poco largo y poco hermoso, y en cuanto le aprieta el frío ya tiene el *gato* al cuello.

—¡Ah! vamos... ya sé lo que V. pide!... Si quiere V. llevar este, 30 reales le cuesta....

—Y lo que sea razón.

—¿Cuánto da V.?

—Me parece que estará bien en 25.

—Ea, pues que V. lo disfrute con salud.

—Y diga usted, ¿osté que estará bien *enterá* en las moas, ¿habrá algun *inconviniente* en que lo lleve pa ir á cumplir con la Iglesia?

—No, señora, ninguno.

—Pues hasta más ver.

—¿Cuánto me da V. por esta pluma de oro?

—Lo que pese... si no es falsa.

—Es de ley.

—Efectivamente. Su peso es cuatro duros. De empeño, se dan tres. Pero... esta pluma en poder de un sujeto del aspecto de V.—no es por ofenderle,—hace dudar de la legitimidad de su procedencia.

—Lo comprendo!... Aquí tiene V. mi carta de vecindad.... Este es el oficio en que se comprueba que esta alhaja me la adjudicaron como premio en un certamen literario.

—¡Conque V. es poeta! ¡ya!... Entonces no doy por la pluma más que un duro, porque probablemente no la desempeñará V. nunca, y en las ventas se pierde mucho.

—Deme V. lo que V. quiera.... El dinero en las manos del poeta, es un milagro.

